

El ser humano necesita en su corazón una esperanza que se mantenga viva

Los seres humanos necesitamos esperanza para vivir. Por lo mismo la vida consagrada tiene como tarea significar y producir esperanza, contagiarla y alimentarla. A su vez, la esperanza hace germinar una vida consagrada fecunda, profética y renovadora. Un valioso y enriquecedor encuentro entre estas dos realidades –religiosos/esperanza– está en el corazón de la propuesta de los retiros para el año 2022 de nuestra revista Testimonio.

Hay urgencia de dar este paso. La vida consagrada está disminuyendo numéricamente y le cuesta acertar a hacer significativa su misión y su vida. Necesita ganas, entusiasmo y vitalidad; precisa esperanza. A su vez, estamos en una Iglesia y una sociedad en las que hay mucha desesperación. Falta el buen ánimo, no son pocas las dificultades que tiene que superar, sumado a lo que bien podríamos llamar “males irreparables” en los que los religiosos estamos envueltos e implicados. De hecho vivimos en carne propia una real impotencia para lograr el éxito. En varias de las propuestas de retiro se relaciona la esperanza con realidades muy duras y concretas que estamos viviendo: la pandemia, la crisis de fe en la Iglesia, las frecuentes y fuertes protestas de la sociedad, las infidelidades; ahí están los temores, los rencores, sinsabores, las culpabilidades diversas, las ambiciones y los deseos aberrantes. No hay duda que la crisis de la esperanza nos hace ses-tear buscando lo cómodo, la mediocridad y la rutina. Otras veces nos defendemos de nuestro “vacío de esperanza” sumergiéndonos en la actividad.

En el Nuevo Testamento las palabras relacionadas con esperanza son confianza, fe, fortaleza, paciencia, parusía, perseverancia, testimonio, entusiasmo, crecimiento...; es decir, todas las que nos llevan a andar por la

vida cristiana con lucidez y audacia, con amor y generosidad. En las páginas del Evangelio la esperanza nos motiva y ayuda a bien caminar para certeramente llegar a las metas. La poesía campesina de Chile confirma esta intuición: *“Esperanza es caminar / con conciencia y con un norte / apoyado en un soporte/ de la fuerza del Dios vivo / por un futuro efectivo / dando uno mismo el aporte”*.

Poner el dinamismo de la esperanza en la vida y en la misión de los consagrados es la intención de los 12 retiros que se presentan. En general esa meta está bien conseguida. Las autoras y los autores desafían a los religiosos a llevar esperanza a los que están encarcelados entre cuatro paredes, a los que están cerca de la muerte, después de haber pasado por una larga y dura enfermedad; a los que tienen que migrar, a los que pasan hambre, a quienes atraviesan situaciones descontroladas y violentas, a aquellos que viven marcados por el mal hacer, a los que pasan por fracasos repetidos, a quienes integran sociedades con cambios radicales ya sean sociales, económicos y políticos; a los que experimentan el poder de la debilidad...

No hay duda que la esperanza es la respuesta a la situación caótica que vivimos; esperanza que está inscrita en nuestra estructura; sin esperanza dejaríamos de ser humanos. Estamos llamados a hacer posible lo que no existe, a ir contracorriente y a anticipar y construir el porvenir. Los poetas y profetas nos motivan creativamente a hacer este camino. Cada vez me convengo más de que el pecado es esencialmente miedo al futuro; liberarse de él es tener el coraje de la esperanza. La esperanza es como el imán que atrae al hierro desde fuera y lo mueve hacia sí. Sin esperanza se para nuestra vida. J. Moltmann decía: *“en todas las cosas que sueñan, duerme una canción y el mundo comienza a cantar si encuentra la palabra mágica...”*, la esperanza.

¿Qué hay que poner en la vida del consagrado para que genere, contagie y multiplique esperanza? Poco a poco, en las páginas de este número de Testimonio se va describiendo el perfil del religioso esperanzado y esperanzador y su proceder habitual; el rostro y el testimonio del que logra pasar –y hacer pasar– de la desesperación a la esperanza. Hay una esperanza que no defrauda. Es la de aquellos que tienen en su mirada, en sus labios y en su corazón a Jesús resucitado, ayudando a pasar de la muerte a la vida, de la desesperanza a la esperanza. La contemplación del misterio de Cristo resucitado nos da esperanza; nos transforma en hombres y mujeres que llevan a la vida compartida; nos mueve a sostener una esperanza prolongada. La esperanza nos deja con la plenitud del Resucitado. *“La esperanza no defrauda”* (Romanos 5, 5). La esperanza más fuerte es la que da energía interior profunda para pasar de la muerte a la vida plena. Desde Cristo resucitado nos atrevemos a ver la vida presente en “estado de gestación”, como germen de otra vida que alcanzará su plenitud final en Dios.

La fe no es una actitud estática y pasiva, sino que desarrolla en el creyente –y sobre todo en los religiosos– un dinamismo generoso que les pone en camino y en búsqueda. María marca a las religiosas y religiosos. “*Se levantó María y marchó con prontitud a la montaña*” (Lucas 1, 39). Al contemplar a María se concluye que la autenticidad de la fe se expande en esperanza. Celebrar a María como mujer de esperanza es un acto luminoso para un religioso y, a su vez, es una estupenda oportunidad para dar a conocer el icono más hermoso de la virtud de la esperanza. Isabel se maravilla de la docilidad al Espíritu de María y de la fuerza transformadora de su esperanza: “*Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor*” (Lucas 1, 45). María es nuestra esperanza; se abrió y mereció el premio de la resurrección de su Hijo y de ella aprendemos a esperar contra viento y marea; ella nos ayuda a abrirnos al futuro alentador de la vida consagrada desde la esperanza.

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM
Director Revista Testimonio